

PROPOSITOS.

1. ¿Quieres saber lo que serás? pues mira lo que eres. Tus máximas, tu devocion, tus costumbres y u conducta son el oroscopo mas seguro. No cuentes con la vana esperanza de convertirte en edad mas madura; el tiempo no hace otra cosa que fortificar mas las malas inclinaciones. Si los árboles tiernos salen torcidos, cuanto mas crecen, mas se encorvan; antes se les hará astillas que conseguir enderezarlos. Las enfermedades habituales crecen con los años; las malas inclinaciones de los jóvenes envejecen con ellos: no tienen siempre el mismo fuego ni los mismos impetus, porque lo refrena algunas veces la madurez de la edad; pero la raíz cada dia es mas profunda. Sucede á las pasiones lo que á los torrentes; nunca mas violentos que cuando están mas distantes de su origen. Es cierto que cuanto mas se extienden hacen menos ruido; pero ¿hacen por eso menos daño? La injuria, la cólera, la avaricia, etc., cada dia cobran mayores fuerzas al paso que se va debilitando la razon. Considera cuánto te importa corregir tus costumbres y domar tus pasiones desde los primeros años; en llegando á formarse el hábito, apenas es ya tiempo. Haz juicio de la disposicion en que te hallarás en la hora de la muerte por la que has tenido desde tus primeros años. No quisieras morir al presente, y te pareceria segura tu reprobacion si en el estado actual te vieras precisado á comparecer en el tribunal de Dios. Si no te enmiendas hoy, mañana serás peor. ¿Quieres tener un buen pronóstico de tu dichoso destino? pues comienza desde luego el edificio de la perfeccion sobre el plan que te has formado.

2. Seas del estado que fueres en el mundo, ora del

eclesiástico, ora del secular, siempre tienes obligaciones que cumplir, y perfeccion á que aspirar. Comienza desde hoy á cumplir exactamente todas tus obligaciones, y vive de manera que cada accion sea un pronóstico de tu dichosa suerte. En cada una de ellas, ó á lo menos muchas veces al dia, dite á ti mismo: mi fidelidad y mi puntualidad me dan nuevo motivo de confianza; y da lugar á esta consideracion en todas tus oraciones y en tus exámenes de conciencia. Examina bien todas las noches antes de acostarte, qué es lo que te promete y te pronostica el porte de aquel dia.

DIA VEINTE Y CINCO.

SANTA FEBRONIA, VIRGEN Y MÁRTIR.

Durante la persecucion de Diocleciano, y hácia el fin del tercer siglo, una cierta doncellita cristiana hizo que triunfase la fe en medio de los tormentos, convirtiendo al mismo tirano y confundiendo al paganismo.

Habia en Sibápolis de Siria un célebre monasterio de monjas, cuya virtud, cuyo retiro y cuya vida penitente era admiracion y asombro aun á los mismos gentiles. Contábanse en él mas de cincuenta religiosas, ocupadas únicamente en meditar las miserericordias del Señor, y en cantar dia y noche sus alabanzas. Llamábase Briena la superiora, señora de grande distincion; pero mas respetable por su venerable ancianidad, por su prudencia y por su virtud, que por su ilustre nacimiento. Tenia consigo una sobrina, por nombre Febronia, á quien desde la edad de tres años

había criado en el monasterio; y era de diez y nueve á la sazón. Sobresalía entre todas no menos por su discrecion que por su hermosura; siendo esta tan peregrina, que se dudaba con razon si habria otra mayor en el mundo, dándola mucho realce su virginal pudor y su inocencia. La tia, que estimaba este esoro sobre todos los de la tierra, puso el mayor cuidado en tenerle bien escondido, pues en mas de diez y siete años de ninguno lo dejó ver.

Febronia, que desde su niñez había tomado la generosa resolucíon de no admitir otro esposo que á Jesucristo, á quien por los votos religiosos había consagrado solemnemente su virginidad, aborrecía tanto la hermosura de su cuerpo, como ia admiraban las demás, y no perdonaba medio alguno para ajarla, y aun para destruirla, llegando á tocar la raya de excesivas sus mortificaciones y sus penitencias. Ayunaba regularmente la mayor parte del año, y aun la misma comida era nuevo ejercicio de mortificaci6n, porque se reducía á legumbres y raices con un poco de pan y agua, pasando algunas veces dos dias enteros sin comer. Dormía en el duro suelo ó en una estrecha y bronca tarima, sin mas ropa que la que traía á cuestras; pero lejos de que esta penitente y rigurosa vida descompusiese su hermosura, cada dia adquiría nuevos grados, y cuanto mas se mortificaba, mas bella y mas perfecta parecia.

No era fácil que dejase de rezumarse hácia afuera á pesar del velo y de la retirada profesion, la noticia de una mujer tan peregrina. Sabíase que habia en el convento una religiosa de extremada belleza y de virtud aun mucho mas singular. Practicáronse mil ardidés para verla y para hablarla; mas no fué posible conseguirlo, porque jamás se quiso dejar ver de persona alguna de fuera, ni aun de sus mismos parientes.

Entre otras, una señora viuda, moza y muy ilustre, llamada Hieria, que aun era catecúmena, tuvo tanta ansia por conocerla y por hablarla, que hizo extraordinarias diligencias para conseguirlo; y como nada pudiese alcanzar de la superiora ni con sus razones, ni con sus ruegos, ni con sus lágrimas, se arrojó á sus piés, protestando que no se levantaria de ellos, ni se apartaria de aquel sitio hasta lograr el consuelo de haber visto á Febronia. Compadecida la superiora de sus lágrimas y de su piadosa alieccion, consintió en darla gusto; pero como sabia bien la resolucíon de su sobrina de no ver jamás á persona seglar, ni de uno ni de otro sexo, la dijo que no seria posible vencerla mientras estuviese en aquel traje, y que asi seria preciso se vistiese de religiosa, con lo que ella la introduciría en el convento como que era monja forastera. Salió bien el artificio; recibióla Febronia con grandes demostraciones de amor y caridad; dióselo orden para que la acompañase, la cortejase y la diese conversacion; hizolo ella tan notable y tan elevadamente, hablóla de la dicha del estado religioso con tanta mocíon y eficacia, que, cuando Hieria solo pensaba hasta entonces en pasar á segundas nupcias, desde aquel punto no pensó mas que en recibir cuanto antes el bautismo y en retirarse del mundo, convirtiéndole despues ella misma toda su familia á la fe de Jesucristo.

A esta conquista se siguió poco tiempo despues otra victoria mucho mas ilustre. Hallábase enferma Febronia, cuando llegó la noticia de que el prefecto Lisimaco y su tio Seleno venían á Sibápolis con órdenes terribles de los emperadores para exterminar á todos los cristianos. Anunciaban esta tempestad la alegría y el triunfo de los gentiles, como tambien los cadalsos que se levantaban en las plazas públicas. Con esta noticia se llenaron los fieles de consternacion. Eclesiás-

ticos, religiosos, seculares y hasta el mismo obispo, todos huían, y cada uno se ocultaba donde podia. Pero fué mayor la turbacion entre las religiosas; y ocupadas de terror á vista de lo que se contaba de la mhumanidad de los tiranos, estaban indeciblemente afligidas todas aquellas santas vírgenes. Conociendo el obispo el peligro á que se exponian si se quedaban en el monasterio, les dió licencia para que se saliesen de él y se pusiesen en seguridad con la fuga. Era espectáculo verdaderamente tierno ver aquella numerosa comunidad en punto de separarse, deshaciéndose en lágrimas, y sin abrigo donde recogerse; combatiendo entre dos afectos, y fluctuando entre el deseo de dar la vida por la fe y por conservar la virginidad, y entre el natural temor que les causaba el horror de los tormentos. La superiora, con un espíritu muy superior á su sexo y á su edad, declaró á todas sus hijas que tenian libertad para retirarse, aunque ella estaba resuelta á esperar la muerte dentro de su convento, teniéndose por muy dichosa si lograba terminar la vida recibiendo la corona del martirio. Pero no pudiendo ya disimular por mas tiempo su dolor, añadió: *Toda mi ansia es saber qué hará mi querida Febronia. ¿Qué haré yo?* respondió la santa doncella con una resolucion noble, firme y generosa, *¿qué haré yo? mantenerme aquí bajo la proteccion de mi dulce esposo Jesucristo y el amparo de mi amada madre la santísima Virgen María. No temais, tia mia, que con la gracia de mi Redentor y de mi Salvador todo lo puedo. Ofrecíle ya el sacrificio de mi corazon, y ahora le ofrezco el de mi vida. ¿A que mayor gloria ni á qué mayor dicha puedo aspirar yo que á derramar mi sangre por mi esposo Jesucristo?* Enterneció á todas las monjas este discurso, pronunciado con aquella resolucion y con aquel desembarazo que inspira una virtud verdaderamente cristiana; y aunque todas quisieran seguir

el ejemplo de Febronia, las mas, haciendo su oficio la flaqueza natural, buscaron en otras partes el asilo que pudieron contra el furor de los tiranos.

Era Lisimaco un jóven de veinte años no cumplidos, hijo del prefecto Antimo y sobrino de Seleno, á quien su padre le habia dejado muy encomendado estando para morir. Estimaba mucho el emperador Diocleciano á esta familia, y para darla pruebas de su amor, hizo á Lisimaco prefecto del Oriente, dándole por asociado ó por asesor á su tio Seleno, que sabia muy bien era enemigo cruel de los cristianos. No así Lisimaco, que, habiendo nacido de madre cristiana, los amaba y los estimaba mucho. Encargado de tan honorífica comision, le fué preciso salir al frente de las tropas, cuyo mando encomendó al conde Primo, su primo hermano; pero con órden de que siguiese en todo los consejos de su tio Seleno. La primera ejecucion de las órdenes del emperador se hizo en Palmira, donde Seleno mandó despedazar con inaudita crueldad un gran número de cristianos. Llenóse de horror Lisimaco á vista de tan bárbara carnicería, y confesó reservadamente al conde Primo que, como habia nacido de madre cristiana, no podia mirar sin mucho dolor la inhumanidad con que eran tratados aquellos inocentes. Entró Primo en el dictámen del prefecto, y le ofreció sus buenos oficios en favor de los fleles. Hizolo así; pero no bastó toda su buena voluntad para estorbar que no se ejecutasen en ellos todo género de suplicios. Dieron noticia á Seleno los gentiles de que habia un célebre monasterio de religiosas cristianas; y al punto destacó una compañía de soldados para que se apoderase de él. Forzaron las puertas del convento; y presentándose en ellas la superiora, iban ya á degollarla, cuando santa Febronia se arrojó á los piés de aquellos bárbaros, pidiéndoles por gracia que fuese ella la primera víctima por donde se diese

principio al triunfo de la fe de Jesucristo. Detuviéronse un poco á vista de aquella intrepidez; pero cuando repararon mas en tan peregrina hermosura, quedaron como atónitos y suspensos. A este tiempo llegó el general Primo, echó de allí á todos los soldados; y sabiendo que las mas de las religiosas se habian escapado, no pudo contenerse sin exclamar: *¡Válganme los dioses inmortales! ¡y porqué no hicisteis vosotras lo mismo? añadiendo, todavía estais á tiempo, creedme, poneos á cubierto de esta tempestad.*

Dió mientras tanto sus providencias para poner fuera de todo insulto aquellas vírgenes; y pasando á dar cuenta á Lisimaco de lo sucedido, retirándole aparte, le dijo: *Encontré en el convento la que me parece tienen destinada los dioses para esposa tuya; es una doncella, que en todo su aire muestra ser persona de mucha calidad; y lo cierto es que su hermosura, en mi concepto, es la mayor de todo el mundo. Pero Lisimaco le respondió: Oí decir á mi madre que las doncellas de los conventos eran esposas de Jesucristo; y así yo me guardaré bien de aspirar á semejante boda. No fué tan reservada esta conversacion, que no la hubiese oido toda un soldado, el cual partió al punto á dar el soplo á Seleno, diciéndole como el conde Primo trataba de casar á su sobrino con una doncella cristiana de incomparable belleza. Entró en furiosa cólera Seleno; y como era el mas cruel enemigo que tuvo jamás el nombre cristiano, dió orden para que al instante fuese llevada Febronia á su presencia. Fué espectáculo verdaderamente lastimoso ver aquella tierna y hermosísima doncella cargada de pesadas cadenas, como una inocente oveja que los lobos arrancan del medio del rebaño y la llevan al monte para despedazarla. Todas las religiosas deseaban seguirla para acompañarla en el martirio; pero declarando los soldados que solo tenían orden para llevar á esta, les fué preciso confor-*

marse, y seguirla solamente con las lágrimas, con los gemidos y con los mas íntimos suspiros. Su santa tia, superior á su dolor, se contentó con decirla al tiempo de abrazarla: *Anda, hija mía, muéstrate esposa digna de Jesucristo, y dame el consuelo antes de mi muerte de poder decir que tengo una sobrina mártir.* No la permitió decir mas el dolor y la violencia; enterneciéronse todas, y sola Febronia se mostró alegre, serena y tranquila. Pusiéronla en presencia de Seleno, y luego que la vió, quedó como cortado y mudo; pero volviendo en sí, dió principio al interrogatorio, preguntándola quién era, y si era esclava ó libre. *Soy esclava,* respondió la santa. *¡Y de quién?* replicó el tirano. *De mi Señor Jesucristo,* respondió Febronia, *mi Salvador y mi Dios, á quien me consagré desde la cuna. Lástima es,* repuso Seleno, *que tan presto te dejases infatuar de esa vil secta; conoce ya tu desacierto y abre los ojos á tu dicha; los dioses, a quienes te mando que sacrifiques, fabricarán tu fortuna; y mostrándola á Lisimaco, añadió: Quiero hacerte sobrina mía, dándote por esposo á este caballero mozo, mi sobrino; serás mujer de un caballero romano y una de las primeras señoras del imperio. Ea, quítenla esas cadenas. La santa entonces agarrando las cadenas con las dos manos y revistiéndose de cierto aire majestuoso, digno de una verdadera esposa de Jesucristo: Ruégote, Señor, le dijo, que no me quites el mas rico adorno que he tenido en todos los dias de mi vida. Y por lo que toca al partido que me propones, estando ya, como estoy, consagrada al soberano dueño del universo, es ocioso convidarme con todos los grandes ni con todos los príncipes de la tierra. La proposicion de que adore á los demonios, solo el oírlo me causa horror. No pienses que por ser mujer y niña tengo miedo á tus tormentos; soy cristiana, y con esto lo he dicho todo; cuantos mas tormentos me hagas padecer en defensa de mi religion, mas contribuirás á la gloria de*

mi Señor Jesucristo y tambien á mi triunfo, si me es lícito hablar de esta manera.

Aturdió esta respuesta al tirano, y dejó como encantados á todos los concurrentes; pero volviendo de su asombro, mandó que al instante despedazasen el cuerpo de Febronia con aquel género de azotes que se llamaban plomadas. Horrorizó á los asistentes la barbaridad del juez y la crueldad de los verdugos; pero no alteró la constancia de la santa. Era todo su virginal cuerpo una sola llaga, y en medio de los tormentos se la oía cantar incesantemente alabanzas al Señor. Parecióle á Seleno que le insultaba, y creciendo su furor, dió orden de que la extendiesen en una especie de parrillas y que abrasasen sus llagas á fuego lento. Era espantoso el tormento y vivísimo el dolor, retirándose la mayor parte aun de los mismos paganos, por no tener valor para ver aquella bárbara crueldad; solo la santa, con generosa intrepidez, no cesaba de dar gracias á su divino Esposo por la gran merced que la hacia. Esta constancia hizo subir de punto la cólera y la rabia del tirano; mandó que la magullasen la boca, que la hiciesen pedazos todos los dientes y la arrancasen los pechos. Pero no bastando los azotes, el hierro ni el fuego para disminuir su fervor, ni para debilitar su constancia; horrorizada toda la ciudad á vista de la inhumanidad de Seleno, al mismo punto en que Febronia tenia todavía en la boca el dulce nombre de Jesus, su divino Esposo, fué separada la cabeza de su virginal cuerpo el dia 25 de junio hácia el principio del cuarto siglo.

Habian sido testigos Primo y Lisimaco, así del combate como del triunfo de la santa, y estaban hablando de la magnanimidad de aquella doncella y del gran poder del Dios de los cristianos, cuando les vinieron á decir que Seleno, perdiendo el juicio de repente y agitado de un impetu furioso, se habia

hecho pedazos la cabeza contra un pilar, y que habia espirado en el mismo sitio. Acudieron presurosos á su cuarto, y quedaron sobrecogidos de un santo horror á vista del espantoso cadáver. Solo este rasgo faltaba, dijo Lisimaco á Primo, al triunfo de Febronia y á la gloria de Jesucristo; anda, amado Primo mio, entrégate del cuerpo de esa heroína cristiana; recoge hasta la tierra que esté teñida de su inestimable sangre; enciérralo todo en una rica caja; y si se opusiere algun oficial, dile resueltamente que es orden mia. En el mismo dia mandaron Primo y Lisimaco que cesase la persecucion; hicieronse ambos cristianos, y á su conversion se siguió la de otros muchos.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Bereo, la fiesta de san Sosipatro, discípulo del apóstol san Pablo.

En Roma, santa Lucía, virgen y mártir, con otros veinte y dos.

En Alejandria, san Gallicano, mártir, varon consular, que, despues de haber recibido los honores del triunfo y haber sido amigo del emperador Constantino, fué convertido á la fe de Jesucristo por los santos Juan y Paulo. Hecho cristiano, se retiró con san Hilarino á Ostia, donde se dedicó exclusivamente á la hospitalidad y asistencia de los enfermos. Publicada por toda la tierra la nombradía de tanto sacrificio, muchísima gente que iba de muchas partes se admiraba de ver á un hombre que habia sido patricio y consular lavar los piés á los pobres, poner las mesas, servir á los enfermos apresurado, prodigandoles todos los servicios caritativos imaginables. Echado luego de allí por Juliano Apóstata, se retiró á Alejandria, donde, habiendo despreciado las órdenes del juez Rauciano, que pretendia compelerle á sacrificar á

los ídolos, fué acuchillado muriendo mártir de Jesucristo.

En Sibápolis en Siria, santa Febronia, virgen y mártir, que, durante la persecucion de Diocleciano y bajo el juez Lisimaco, fué, por la conservacion de la fe y la castidad, primero azotada con varas, atormentada en el potro, luego desgarrada con peines de hierro y arrojada al fuego. Por último se vió romper los dientes, arrancar los pechos, cortar la cabeza; y adornada con tantos padecimientos, se fué al talamo nupcial de su divino esposo.

En Besanzon, san Antida, obispo y mártir, que fué muerto por los vándalos por la fe de Jesucristo.

En Riez, san Próspero de Aquitania, obispo de aquella ciudad, ilustre por su saber y piedad, combatió contra los pelagianos en defensa de la fe católica.

En Turin, la fiesta de san Máximo, obispo y confesor, célebre tanto en ciencia como en santidad.

En Holanda, san Adelberto, confesor, discípulo del obispo san Uvilibrordo.

En el territorio de Godet, cerca de Nusco, san Guillermo, confesor, padre de los eremitas de Montevergine.

En Aquitania, san Dizencio, obispo de Saintes, conocido en Burdeos con el nombre de Dizans.

En el Perigor, san Chamans, religioso de Genullac, fundador del monasterio de su nombre.

En el Limusino, san Onule, confesor.

En Noyen cerca de Montargis en Gatinais, san Itier, obispo de Nevers.

En Inglaterra, san Anfitas, confesor.

En una isla de las Hebridias á orillas de la Escocia, san Molonasco, obispo, discípulo de san Brendan.

En Quidzine, diócesis de Pomesa en Prusia, santa Dorotea, viuda.

La misa es de la infraoctava de san Juan Bautista, y la oracion la que sigue :

Indulgentiam nobis, quæsumus, Domine, beata Febronia, virgo et martyr, imploret, quæ tibi grata semper exstitit, et merito castitatis, et tuæ professione virtutis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, nos alcance el perdon de nuestros pecados la intercesion de la bienaventurada virgen y mártir Febronia, que tanto te agradó, así por el mérito de su castidad, como por la ostentacion que hizo su constancia de tu infinito poder. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 31 de los Proverbios.

Fortitudo et decor indumentum ejus, et ridebit in die novissimo. Os suum aperuit sapientiæ, et lex clementiæ in lingua ejus. Multæ filiæ congregaverunt divitias; tu supergressa es universas. Fallax gratia, et vana est pulchritudo: mulier timens Dominum, ipsa laudabitur. Date ei de fructu manuum suarum, et laudent eam in portis opera ejus.

La fortaleza y la honestidad son sus atavíos, y se reirá en el último día. Abrió su boca con sabiduría, y la ley de piedad está en su lengua. Muchas mujeres amontonaron riquezas, pero tú aventajaste á todas. Es engañoso el donaire, y vana la belleza: la mujer que teme á Dios, esa será alabada. Dadle del fruto de sus manos, y alábenla sus obras en presencia de los jueces.

NOTA.

« Los Proverbios de Salomon son, sin disputa, lo mejor y lo mas escogido de sus obras; son como la quinta esencia de aquella divina sabiduría que recibió de Dios, y como el compendio de toda la filosofía moral. El nombre de *Proverbios* no se ha de en-

tender aquí en la vulgar significacion; pues solo quiere decir en esta ocasion sentencias, máximas, apotegmas, lecciones cortas y doctrinales en estilo conciso, lacónico y jugoso.»

REFLEXIONES.

Está vestida de fortaleza y de hermosura. No hay cosa mas superficial ni menos sólida que la hermosura del cuerpo. Es mucha pobreza de entendimiento y aun de corazon hacer vanidad, y mucho mas hacer mérito de ella; porque mas tiene de imaginaria que de real. No hay cosa mas dependiente de las extravagancias del gusto si no la animan el espíritu y la virtud; á lo mas es una bella estatua, salvo que no tiene su duracion ni su firmeza. Basta una calenturilla, una enfermedad de pocos dias y aun de pocas horas, para marchitar aquella flor pasajera; y cuando falten estas, no es menester mas que la edad para ir abultando, descomponiendo y desconcertando aquellas delicadas líneas en que consistia toda la hermosura de la bella imágen. Sin embargo, este es aquel idolillo de todas las personas del otro sexo. Ya siquiera nos contentáramos con que no llamasen por auxiliar al arte para suplir lo que falta á la naturaleza. Mas ¿de qué artificios no se vale una mujer para parecer lo que no es? ¿de qué estudio para brillar, para deslumbrar y para agradar? ¿Si pondrá tanto en edificar y en parecer buena cristiana? Pero ¿quién no sabe que la hermosura sin virtud es una máscara que se gasta ó se cae? Y en cayéndose la máscara, ¿quién puede ver sin horror lo que se escondia detras de ella? Hay pocos hombres de juicio que no conozcan la máscara y que no la desprecien. No hay cosa que parezca peor que la afectacion de parecer bien; ¿que mérito darán á la persona las mo-

das, las galas, los vestidos ricos, aquel desden, aquel orgullo, aquella afectada fiereza en laspreciadas de lindas? Solo sirven para que se conozca mejor lo mucho que les falta, y sobre todo, su corta capacidad y el desórden de sus costumbres. La profanidad de los vestidos es una lastimosa vanidad; pero es vanidad de moda. ¿Qué importa que la condene el espíritu de la religion cristiana, si el espíritu del mundo la aprueba y la autoriza? Hasta nuestros tiempos habia sido la modestia una de las prendas mas estimables en una mujer cristiana; pero ya parece que esta virtud se ha desterrado de aquellas que se llaman señoras y mujeres de distincion: *Elevate sunt filiae Sion, et ambulaverunt extento collo.* Las hijas de Sion, dice el Profeta (haciendo una pintura de las mujeres de nuestros tiempos), las hijas de Sion han tomado un bello aire, andan con mucha altivez, muy levantadas de cabeza, muy cuellierguidas, mostrando el orgullo y la presuncion en todos sus movimientos: sus gestos, sus acciones, sus meneos, su modo de mirar y su gusto en el vestir, todo está publicando la mas ridicula y la mas lastimosa vanidad. Observa, dice el Profeta, con qué afectacion van moviendo los pasos y estudiando los meneos: *Et composito gradu.* ¡Válgame Dios! ¿Cuándo hemos de acabar de creer que todo el mérito de una mujer consiste en la virtud? ¿cuándo hemos de convencernos de que su mayor, su único y su verdadero elogio le han de hacer su recato, su modestia, su retiro, su devocion y la constante aplicacion á las labores de su sexo y al cumplimiento de sus obligaciones? Brilla, es verdad, una mujer mundana con su profanidad, con sus galas, con su vanidad, con su ostentacion; pero esta brillantez ¿dura hasta la sepultura? ¿se zumba con la muerte, manteniendo aquel buen humor, aquel desembarazo, aquella li-

bertad con que en sana salud se burlaba de las verdades mas terribles de la religion? Imaginate un conjunto de todas las perfecciones; añade á él todas las riquezas; junta á este cúmulo el tren mas ostentoso, los mas magnificos equipajes: todo se acaba, todo se desvanece en la postrera hora. Solo la virtud es respetable, ella sola es la que brilla despues de la muerte.

El evangelio es del cap. 6 de san Mateo.

<p>In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Lucerna corporis tui est oculus tuus. Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit; si autem oculus tuus fuerit nequam, totum corpus tuum tenebrum erit. Si ergo lumen, quod in te est, tenebræ sunt, ipsæ tenebræ quantæ erunt?</p>	<p>En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere simple, todo tu cuerpo estará iluminado; pero si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Si la luz, pues, que hay en tí se hace tenebrosa, ¿cuán grandes serán las mismas tinieblas?</p>
---	--

MEDITACION.

DEL PECADO DE LA IMPUREZA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay pecado mas universal, pero tampoco le hay cuyas heridas sean mas profundas ni mas mortales que el pecado de la impureza. Vióse Dios como obligado á anegar á todo el universo en las aguas del diluvio, porque todo él se habia manchado y corrompido con este pecado. Solo diez justos pedía el Señor en Sodoma para detener el fuego que habia de reducir á cenizas todos sus habitantes; y no se hallaron en cinco grandes ciudades diez solas personas que no estuviesen manchadas con esta

culpa. Pregunto: ¿Está el mundo mas exento de ella el dia de hoy? ¿reina hoy mas en el mundo la virtud de la pureza? ¿qué edad se halla á cubierto de este abominable pecado? ¿qué estado, qué condicion, qué sitio ni qué desierto, donde no se deba estar en vela contra él? Es un enemigo doméstico, contra el cual siempre es menester estar con las armas en la mano, porque no da golpe, no hace herida que no sea mortal. Todo pecado de impureza es grave; por eso ningun otro condena tantos hombres cada dia: ella es la causa mas universal de la condenacion de los hombres. La impureza, por lo comun, no como quiera es señal de la reprobacion, en cierta manera es como principio de ella. ¡Qué tinieblas, qué ceguedad causá en el alma! ¡qué insensibilidad en todo lo que toca á la religion! ¡qué dureza en el corazon! Embrutece el alma, y no hay cosa que mas desfigure, aun al hombre de mayor entendimiento, que este pecado. Parece que apaga el espiritu, que oscurece la razon, que estraga el mejor genio, que muda el corazon y que trasforma todo el hombre. Con efecto, el espiritu mas brillante, el mas noble corazon, el genio mas apacible, el alma mas racional, la mas despejada, la mas atenta, la mas culta en menos de nada bastardea, se pervierte y se entorpece por la impureza. El que se entrega á este vicio, luego muda de aire, de modales, de máximas, de principios; el ánimo se afemina, piérdese la sinceridad, desvanécense todas las buenas prendas, y sobre todo visiblemente se va apagando la fe, porque no hay pecado mas enemigo de la religion, Recórranse todas las sectas de los herejes: ninguna se hallará que no deba á este vicio su nacimiento ó por lo menos sus progresos; estragado el corazon por la impureza, fácilmente se apodera el error de la razon. Concíbese tanto horror á la ley de Jesucristo, que